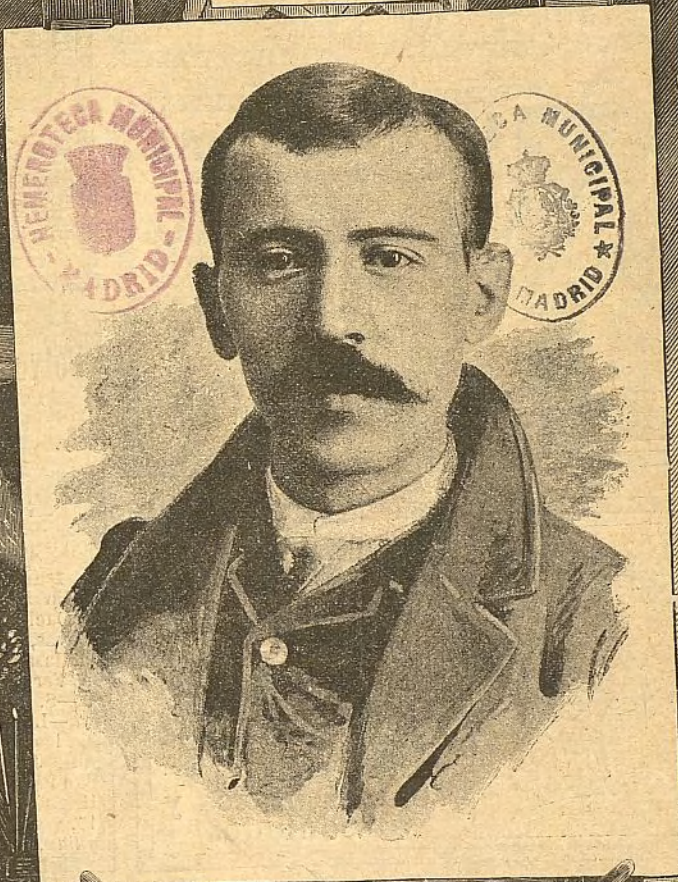


# LA SEMANA COMICA

Nuestros dibujantes



RAMON ESCALER

Año V.—Número 36.

Precio 15 céntimos.

30 Septiembre 1891

Ayuntamiento de Madrid



## EMULSION TEIXIDÓ

de aceite de hígado de bacalao. — Recomendada para la curación de las escrófulas, raquitismo y debilidad.

## FARMACIA

ELIXIR re-constituyente

TEIXIDÓ

á base de proto-cloruro de hierro, hemoglobina, coca y nuez de kola.

Cura la anemia, clorosis (debilidad de la sangre).

62-MARZO-62

Píldoras antineurálgicas  
**TEIXIDÓ**

Curación de la migraña y demás dolores nerviosos de la cabeza.

## TEIXIDÓ

**Elixir DIGESTIVO**

TEIXIDÓ

Facilita la digestión: cura la dispepsia y atonía del estómago.



## LA REFORMA

Bazar de Camisería y Corbatería

Alta novedad en medias, calcetines y guantes de fantasía; especialidad para niños en negro indestructible.

Gran surtido en sombrillas y abanicos.

Confección de ropa blanca para señoras y caballeros.

Plaza de Santa Ana, 4 (edificio del Fomento) y Canuda, 28.

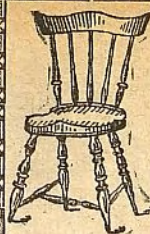


## SANTASUSANA

33. Carmen, 33

En esta casa se venden las mejores máquinas de coser y para hacer calceta. Camas, relojes, etc.

**Venta á plazos y al contado.**



## LA SUECIA

8-Pelayo-8  
BARCELONA

Grandes Talleres y Tienda de

**MUEBLES Y SILLERÍAS**

del Pais y Extranjero. Á PRECIOS DE FÁBRICA

Elegancia, Solidez y Economía

Especialidad en el amueblaje de Eondas,

Casas, Torres y Oficinas. Unico depósito en

España y Portugal de las legítimas SILLAS

SUECAS tan universalmente recomendadas

Muebles de balde

La última palabra en muebles

COMPETENCIA

CON TODAS LAS LIQUIDACIONES

LA AMUEBLADORA

SIN RIVAL

(antes EL DIABLO)

No me olvidéis! P.ª Verónica, 2

(junto al Casino Mercantil)

TAPIZADOS—CONTINUAJES

Silleras regaladas

TEMPORADA DE INVIERNO



PELUQUERÍA DE LUIS XVI

15—Ramblade las Flores—15  
Servicio esmerado. Salón para señoras

## Polvos Imperiales

AL CISTUS ALBUM

preparados por el Dr. Pizá

y compuestos de pasta

de almendras

**INDISPENSABLES**

en todo tocador

Son diáfanos, transparentes

y de finísimo perfume.

Puntos de venta:

En las perfumerías de

J. Dachs, Fernando, 55.—

Covas, Cucurulla, 2.—P.

Baltasar, Santa Ana, 21.—

A. Ferrer, Plaza Sta. Ana,

5.—S. Vives, Pasaje Bacardi.

—Lafont, Fernando, 59.

En las droguerías de Ba-

nús, Jaime 1, 18.—Rus,

San Pablo, 68.—Viuda de

Huguet, Puerta del Angel,

16, y guantería La Distin-

guida, Call, 22.



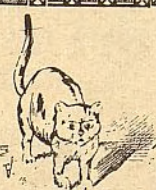
Boquería, 31

y

PLAZUÑA DE LOS CIEGOS, 1

Fábrica de camisas y corbatas. Ropa blanca para señora, géneros de punto, guantes, mitones, pañuelos novedad y fantasía para la mano. Especialidad en la confección á medida. Cinturones de moda.

PRECIOS SIN COMPETENCIA  
Variación continua de géneros  
—R. Bragulat—  
Boquería, 31



QUINA MOMO

EL LICOR

más sano

y agradable

de cuantos se

conocen

Carretera

de Mataró, 104

(San Martín de Provencals)

LA ECONÓMICA

25-SAN RAMON, -25

La casa que vende más barato en Barcelona

SOMBREROS INGLESES DE 5 Á 10 PTS.

Kiosco con muestras, en la Rambla, frente al Liceo.

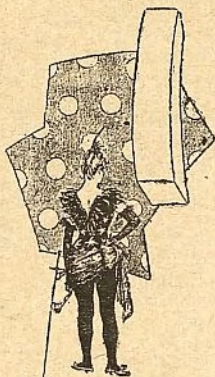
IMPRESOS

de lujo, capricho y elegancia

Dirigirse Borrell, núm. 136, 2.º, 2.ª



# La Gratitude



NMÓVIL y silenciosa, con los negros y sedosos cabellos esparcidos sobre la almohada de encaje y raso, y el delicioso abandono de una muerta que conserva el calor, la amante Lise de Belvelise, está reclinada, ó por mejor decir, reposando de muchas y prolongadas caricias.

Se encuentra sumida en una de esas agradables languideces que siguen siempre al amor.

Dormida ó no, Valentín la habla con vehemencia.

—Para merecer—dice—tus tiernas miradas y tus apasionados besos, hice traerte las más elegantes alhajas de todos los joyeros de París; las modistas más afamadas tienen orden de venir á preguntarte todas las mañanas si quieres

añadir algún nuevo traje á los infinitos que posees.

Cuando delante de tus amigas abres los estuches, en los cuales brilla rica predrería, exclaman deslumbradas y celosas:—¿Has cogido con lazo las estrellas de una noche de Agosto?

Pero no me he limitado á estos medianos presentes: quisiste también tener un amante célebre por su valor: yo me procuré veinte desafíos terribles, encarnizados, y entre la multitud de juguetes que adornan tu tocador, figura una panoplia, formada con los ensangrentados sables que he traído de los combates.

Te dió el capricho de que fuese célebre por mi talento, y publiqué infinidad de versos que son seguramente mejores, por la grandeza de su ritmo y lo original de las imágenes, que los más sublimes poemas conocidos hasta ahora. Pero esto es poco: mi pobre, mi anciana madre abandonada está en nuestra antigua casa de la Bretaña, porque tú no me permitiste abandonar á París; mi esposa gime también bajo el peso de mi desvío á los dos años de matrimonio, y hasta ignora el nombre de mi tiernos hijos.

Pero todo esto son pequeñeces, tonterías, sacrificios que cualquiera haría, sólo por besar tus perfumados cabellos.

Una cosa me ha sido muy difícil: ser, según tu deseo, el más hermoso y elegante de los hombres.

En fin, se puede decir, alma mía, que ninguno de tus caprichos te ha sido negado por mi ternura y eres en todo obedecida por el más apasionado de tus esclavos.

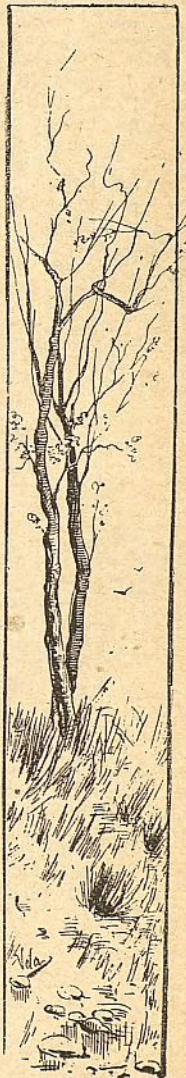
Pero ¡ah! que no fueron infructuosos estos esfuerzos míos: tú me amas, lo sé, me amas, encanto de mi alma, me adoras.

Te veo abandonarte deliciosamente entre mis brazos, y apoyar con ternura tus labios sobre los míos.

El nombre de Valentín es el único que hace latir tu hermoso y fiel corazón; en tu generosa gratitud, prefieres á todos, el amante que ha sabido merecerte por medio de regalos y sacrificios, que alegrarían el orgullo de la diosa más exigente.

Así hablaba Valentín en su loca alegría de amar y ser amado, y Lise de Belvelise, en tanto, dormida, con los ojos ocultos entre los abundantes cabellos, volvióse un poco hacia su amante y entreabriendo los rosados labios balbuceó:—  
¡Raoul!

CATULLE MÉNDES.





# La matanza

Mi querida Encarnación:  
No puedo corresponder  
á tu fina invitación,  
y de ello vas á saber  
la razón.

A esa aldea silenciosa  
iría yo diligente,  
porque la matanza es cosa  
divertida y sumamente  
sustanciosa.

Pero muy difícil veo  
que se logre mi deseo,  
pues mi jefe, aunque es mi amigo,  
puede mandarme á paseo  
si le digo:

«Ahí queda por despachar  
de expedientes un millar.  
Déles usted mis recuerdos,  
que yo voy á ver matar  
unos cerdos.»

Además, has de acordarte  
que busco dinero y fama  
por el camino del arte,  
y el teatro me reclama

por su parte.

Ni como arquitecto brillo,  
ni aun soy albañil sencillo,  
y ¡mira tú qué rareza!  
estoy haciendo una *pieza*,  
y un *pasillo*.

Y si digo á los actores  
que voy á Valdecostillas  
por morcillas superiores,  
jurarán que son mejores  
sus *morcillas*,  
y hasta me dirán en chanza  
que, si mi obrita se estrena,  
sin moverme de la escena  
podré ver una *matanza*....

¡pero buena!  
¡Qué suculento jamón  
comerás, Encarnación!  
¡Qué magros tan *distinguidos*,  
y qué rica colección  
de embutidos!

En cambio, en Madrid comemos  
chorizos de mala traza,

cuya carne ya sabemos  
que es de los potros que vemos  
en la Plaza.

Aquí embutidos fabrican;  
mas como la carne aplican  
de jaco de picador,  
¡no sabes á lo mejor  
cuánto pican!

En fin, te digo de veras  
que con mucho gusto iría  
á ver matar á tus *fieras*,  
por las magras que me dieras  
cada día,

por comer una fritada  
de tu salchicha afamada,  
y, además, por tu persona;  
porque eres una *jamona*  
muy *salada*.

Mas ya que sufro el bromazo,  
ya que á tu mesa no como  
ni puedo darte un abrazo,  
si ves que te sobra lomo  
remíteme un buen pedazo.

JUAN PEREZ ZÚÑIGA.

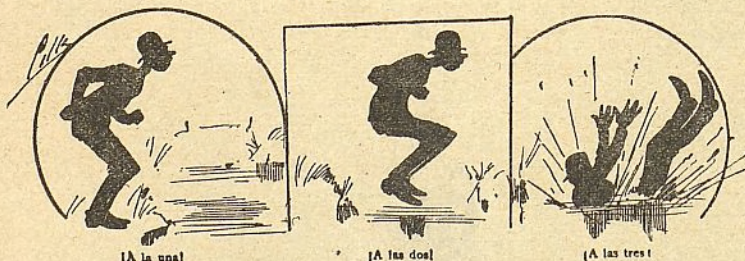
## ¡Oh, el sacrificio!....

Lloviendo como estaba horas hacia  
á chaparrón *tendido*,  
salió de su vivienda la María,  
á llevar el almuerzo á su marido.  
La cabeza y la espalda  
se cubrió con la falda,  
dejando solamente lo de abajo  
cubierto por el mísero refajo,  
sin que tuviese en cuenta la ignorante  
que hay vientos de *levante*;  
y sin sentir zozobra,  
ni dar á los chubascos importancia,  
se encaminó á la *obra*,  
que estaba á media legua de distancia...  
Los ímpetus la lluvia redoblando,  
el rostro en azotar se entretenía  
de la pobre María,  
que el recio temporal desafiando,  
probable es que en la senda  
hubiese perecido,  
antes que regresar á su vivienda  
y dejar sin almuerzo á su marido.  
No huyendo las cascadas tumultuosas  
que del monte nacían en la altura,  
atravesó corrientes impetuosas,

á veces con el agua á la cintura...  
Tras de agotar su brío  
atravesando á pié torrentes de esos  
que agua para catorce dan á un río,  
tiritando de frío,  
y calada la pobre hasta los huesos,  
cuando hora y media transcurrido había  
á la *obra* llegar logró María...  
—¿Por qué no lo has dejao para mañana?—  
dijo á su esposa Antero,  
desde una tajavana  
donde estaba oficiando de cantero.  
Cojió el almuerzo sin perder segundo,  
y al ver que estaba helado,  
lanzando un juramento tremebundo,  
lo arrojó contra el suelo incomodado,  
—¡Tarde y frío!... ¡Muy bien!...—gritó el salvaje—  
¡vete de ahí, so indecente!...—  
Y añadió con coraje:  
—¡Si no te vas, te estrozo mesmamente!...  
¡Y el bruto las angustias soportadas,  
pagó, y el buen deseo,  
mandando á su mujer á un sitio feo  
y pegándola un par de bofetadas!...

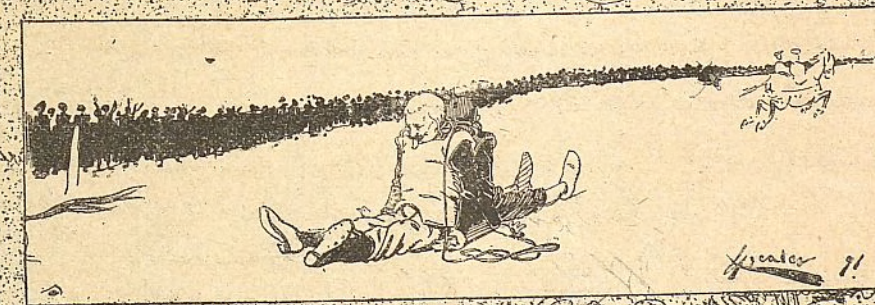
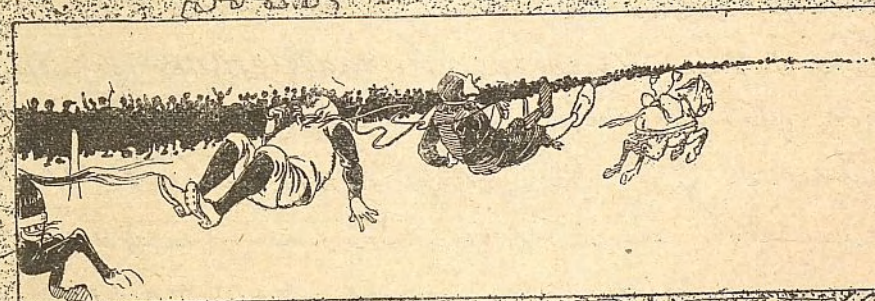
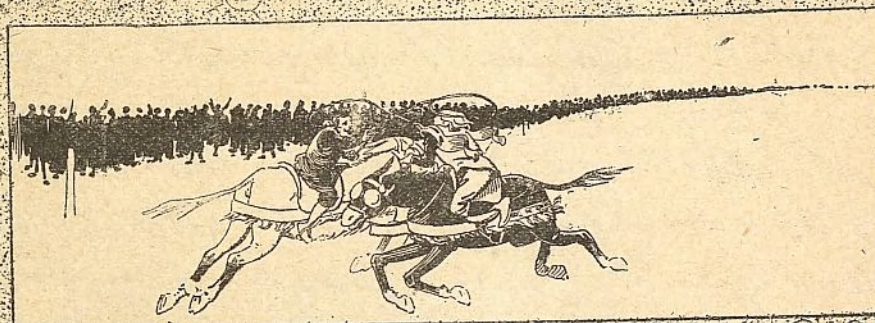
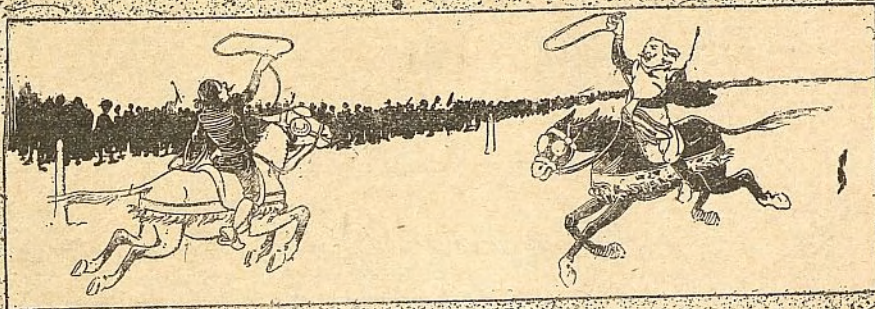
FERNANDO SEGURA.

HOMBRE AL AGUA, por Cilla





# Un Desafio Caprichoso





Muy P<sup>o</sup> Señor

Escribí al V. M<sup>o</sup> lordes pasados lo q<sup>o</sup> Bava. f. c. d. o. en la cobranza  
 Por mandado de V. M<sup>o</sup> vine a Supp. de las fincas de  
 las tercias y alcabalas de algunos lugares de este Reyno  
 de granada y aui se quedaron Partidas contenidas en misom  
 sion q<sup>o</sup> fueron la de la casa de la moneda de granada  
 y la de Motril y Salobrena y al muncar Bava  
 r. a. l. a. d. o. m. a. e. r. t. a. Por que Bava. y a. l. a. p. a. d. a. s. de la  
 de mas q<sup>o</sup> son Bava. g. n. o. x. A. g. u. e. l. a. de granada y la  
 e. c. o. b. r. a. d. o. y el d. i. n. e. l. l. e. s. e. x. c. e. p. t. o. d. o. m. i. l. d. e. a. l. e. s. e. e. m. b. r. o.  
 e. n. p. o. l. y. a. s. e. g. u. r. a. a. e. s. a. a. n. t. e. R. e. m. i. t. i. d. a. s. A. l. l. o. n. g.  
 P. e. r. e. y. d. e. l. a. g. n. a. C. r. i. a. d. o. d. e. l. l. i. c. e. r. a. d. o. l. a. g. u. n. a. d. e. p. r. e. s.  
 a. d. e. e. s. t. a. d. o. e. n. v. e. l. y. m. a. l. a. g. a. y. p. o. r. q<sup>o</sup> l. a. t. e. r. e. r. e. d. e.  
 a. p. r. e. l. a. d. a. y. l. o. s. d. e. c. e. p. t. o. s. n. o. p. o. d. e. c. o. b. r. a. r. d. e. l. a.  
 a. l. e. r. d. a. d. o. s. m. e. e. c. o. n. t. e. n. t. a. d. o. d. e. p. m. o. r. a. d. a. l. a. s. d. e. l. d. i. n.  
 p. a. r. a. f. e. u. q<sup>o</sup> m. e. l. o. d. a. n. e. n. d. e. n. t. o. d. e. l. o. s. d. i. a. s. n. o. m. e.  
 q. u. e. d. a. P. o. a. b. u. r. n. i. e. s. d. e. l. a. P. a. r. t. i. d. a. d. e. l. l. o. n. d. a. q. u. e. n.  
 q. u. e. o. l. v. n. s. a. s. m. e. a. c. a. b. a. d. o. e. l. t. e. r. m. i. n. o. V. M<sup>o</sup> s. e. a. p. e. n.  
 u. i. d. o. d. e. q. u. e. s. e. m. e. d. e. n. r. o. d. e. r. o. m. o. s. e. n. e. l. q. u. a. l. a. l. i. e.  
 a. c. a. b. a. d. o. c. o. n. d. o. y. p. o. r. a. e. n. t. r. a. c. o. m. i. l. o. n. d. e. s. e. m. e. n. t.  
 P. u. e. d. e. s. e. m. e. e. n. b. a. r. d. e. l. a. l. a. g. u. n. a. d. i. n. d. e. q. u. e. d.  
 e. s. p. e. r. a. n. d. o. l. e. W. r. 17

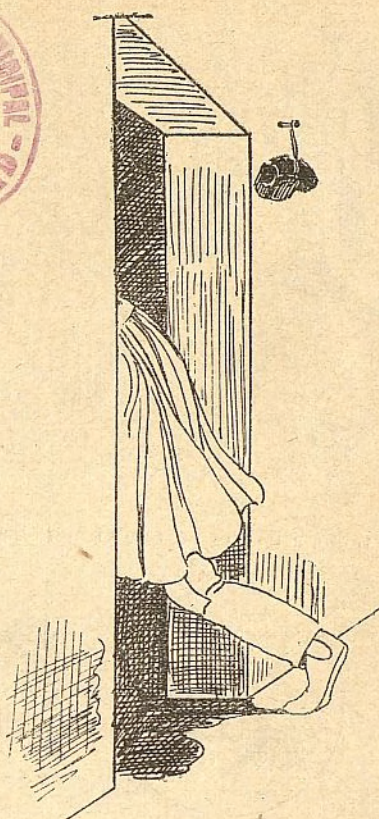
Miguel Cervantes  
 Incedra



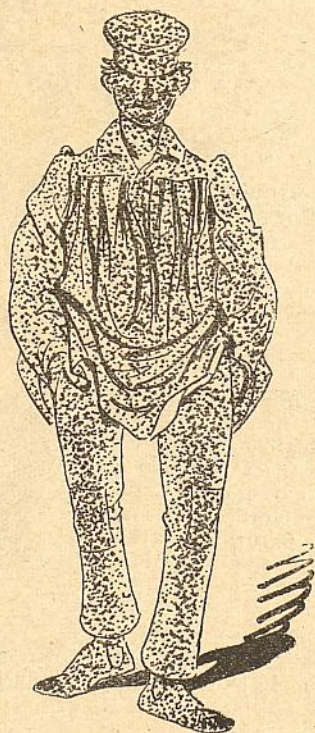
EL ALBAÑIL Y LA CARBONERA, por Melitón González.



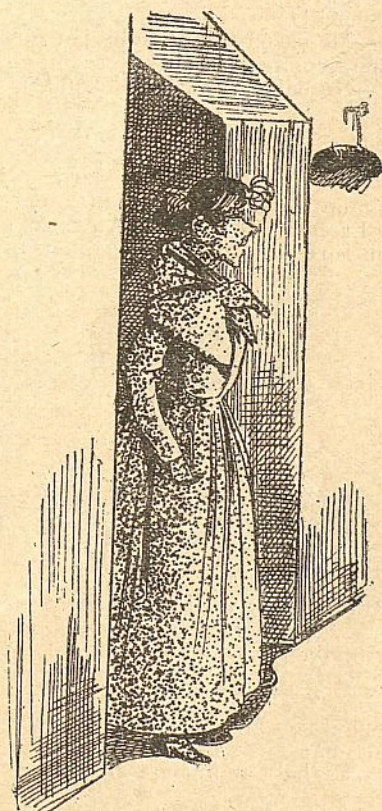
1



2



3



4





I.

PRESENTACIÓN DE LOS PERSONAJES

DON CORNELIO GACHO, setentón, viejo verde.

ENRIQUE GACHO, hijo de D. Cornelio.

DOÑA MARTA, de veinticinco años, tercera mujer de D. Cornelio.

DOÑA FELISA, mujer de Enrique.

¿Estamos? No estará de más que vuelvan ustedes á leerlo, porque en penetrarse bien de lo que va escrito está el *intrínquis*.

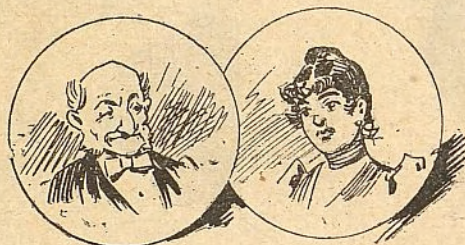
II.

DIÁLOGO QUE PONE AL LECTOR AL CABO DE LA CALLE.

—No me quieres como antes—dice en tono de reconvención D.<sup>a</sup> Marta á Enrique.

—¿Quién te lo ha dicho?—responde el reconvenido.—¿Por qué supones que mi amor ha disminuido?

—Desde que te has casado con esa grulla, todo tu afecto es para Felisa....



—Pura ficción. Cubro las formas.

—¡Ah!

—Me casé con ella sólo por desviar la opinión, ¿comprendes?

—No hablemos más del asunto.

III.

Ahora resulta que D.<sup>a</sup> Marta y D.<sup>a</sup> Felisa están en visperas de reproducirse.

La cosa era natural. Antes se encuentra uno un roro que una bolsa de dinero.



Sucedió—aquí empieza lo notable del caso—sucedio que las dos mujeres, en el mismo día y con el intervalo de unos minutos, se desdoblaron en dos criaturitas tan idénticas que parecían dos gemelos.

IV.

Don Cornelio, encontrándose padre á los 70 años cumplidos, volvióse como loco de alegría y, para demostrar su gozo rompió el cordón de su

gran bolsa y vertió el dinero á manos llenas, haciendo creer á su familia que había perdido el juicio; él, que era hombre por naturaleza avaro y enemigo de todo dispendio.

V.

Parece mentira que, vista la semejanza de los dos recién nacidos, no se tomase con ellos la precaución de ponerles un distintivo, como se hizo con *Giroflé* y *Giroflé* una señal que pusiera siempre en claro cuál era hijo de D. Cornelio y cuál de Enrique.





Cierto día las nodrizas colocaron á los dos nenes sobre un gran lecho matrimonial, y allí los dejaron solos largo tiempo. Los dos niños despertaron y dando vueltas se reunieron en caprichoso grupo. Cuando las nodrizas fueron por ellos, no pudieron poner en claro cuál era su respectivo mamoncillo. La confusión de las dos mujeres se hizo extensiva á los padres y á las madres.



## VI.

¿Cómo reconocer á su propio hijo? ¿Cuál de los dos era el nieto de Cornelio? ¿Cuál el hermano de Enrique? ¿Cuál el hijo de D.<sup>a</sup> Marta y cuál de D.<sup>a</sup> Felisa?

¡Figúrense la alarma, la desolación, la cruel incertidumbre de Casa Gacho!

¿Qué hacer?

El viejo Cornelio tiene una idea luminosa: un amigo suyo, D. Osmundo Catasalsas, erudito de primer orden, un arca de ciencia navegando con seguridad en el inmenso Océano del universo, encontrará seguramente la solución de tan difícil problema.

Y se entregan en brazos de la sabiduría del señor de Catasalsas.

Enterado por el señor y por el hijo de cómo ocurrió la cosa, aquel pozo de ciencia, aquel sucesor de Salomón, se puso serio, rascóse la barba é hizo todas las pampinas á que están obligados los que se dedican á sabios.



## VII.

—Arréglese perfectamente el salón más grande de la casa, de modo que quede completamente á oscuras, y déjense sobre la alfombra á los dos niños. Así se expresó el señor de Catasalsas.

—Dentro de poco entrarán ustedes dos en el salón oscuro y dejarán que la diosa Casualidad les indique cuál es vuestro hijo respectivo.

La sentencia del erudito fué atentamente oída por los dos Gachos padre é hijo, y dieron las órdenes necesarias para que se arreglase todo de modo que viniese todo de la diosa Casualidad, conformándose entrambos á considerar como hijo propio al primer niño que tocasen.

## VIII.

Como ya se ha indicado, en el salón oscuro se habían colocado sobre la alfombra los dos niños dormidos: uno al Norte y otro al Sur.

Despertáronse los dos rorros é instintivamente comenzaron á gatear y rodar por la alfombra hasta encontrarse juntos.

En tal momento, entraron á tientas en la estancia D. Cornelio y Enrique en busca del juicio de la diosa Casualidad.

¡Cosa rara! Mientras D. Cornelio se encontraba en el fondo de la sala palpando la pared, Enrique, que estaba en el centro, sintió cuatro manitas de angelito que le agarraban por las dos piernas.

¡La diosa Casualidad se estaba guaseando de Enrique, atribuyéndole la doble paternidad de los dos niños!

El joven pensó que la Casualidad no sabía bastante; y tomando uno de los niños, le colocó de modo que su padre tropezase con él.

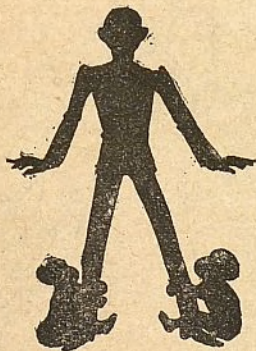
Hecha la luz, D. Cornelio y Enrique tenían cada uno un nene en brazos.

Desde aquel día los dos niños llevaron un distintivo como *Giroflé* y *Giroflá*; uno llevaba constantemente traje azul y el otro rojo.

Sólo D.<sup>a</sup> Marta conocía el secreto íntimo de Enrique, mas nunca pudo saber si su hijo era el azul ó el rojo.

El señor de Catasalsas fué largamente remunerado por el viejo don Cornelio, el cual, en unión de Felisa, guarda gran fé en el juicio de la diosa Casualidad que, después de todo, viene á ser otro juicio de Salomón, pero doble.

MELITÓN GONZÁLEZ





# La suerte



Y recibió el señor Gobernador civil un cuaderno en cuya primera hoja estaba escrito lo siguiente: *Estatutos y reglamentos de EL TULIPÁN, nueva sociedad de recreo.*

Art. 2.º «Los señores socios abonarán, como derechos de entrada, la cantidad de mil pesetas».

Ya no era necesario seguir leyendo el reglamento, para adivinar que á la sombra de aquel *Tulipán* se cobijarían las personas más ilustres y pudientes de la muy reputada ciudad de *Vagópolis*; así, pues, el gobernador despachó satisfactoriamente el asunto, sin regatear su aprobación, atribuyéndolo todo á un rasgo genial de la nata y flor *vagopolense*.

El *Tulipán* tenía dos caras: una exterior y otra interior; la fisonomía exterior era alegre, cándida, jovial, risueña; estaba invitando á tomar una taza de café, á leer un periódico, á charlar un rato y á perder el tiempo; la interior era seca, terrible, amarilla, ceñuda: estaba invitando á jugar un *entrés*, á tirar un *elíjan* y á dar un *copo*.

Las fortunas eran socios transeúntes; pasaban por el tapete y se perdían sobre dos metros de tela verde. ¡La mujer y la fortuna necesitan poco terreno para perderse!

\*  
\*  
\*

La casa social era un palacio, pero se hallaba construido en una callejuela excusada por donde apenas transitaba gente; de este modo consiguieron los socios todas las comodidades, incluso las de soledad y apartamiento; además, el juego tiene cierto pudor: se reconoce á sí propio como vicio y pide á veces que le hagan honesto.

El casino era lujoso, espléndido, soberbio, pero sin gusto, sin concierto, sin delicadeza; aquello, más que rico, parecía *pringado de oro* y todos los muebles y objetos de la casa respiraban un airecillo de abandono y despilfarro.

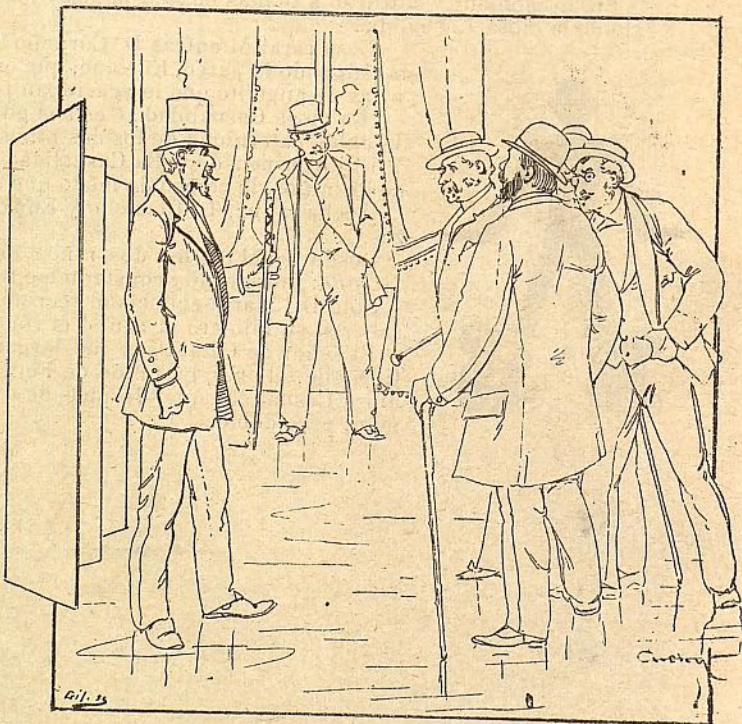
En la sala principal, sala de juego, se agolpaban los socios alrededor de una mesa muy grande, y allí iban arrojando sus fortunas para que el viento del azar las llevase de uno á otro; permanecían horas y horas con los ojos puestos en las cartas. Padeciendo la fiebre de la ansiedad y la impaciencia nerviosa de la codicia, se les escapaban esas palabras inciertas que arranca el movimiento vario de la suerte y, en algunas ocasiones, de aquel apiñamiento de carne no salía otro ruido que el sonar de las monedas y el ritmo suave del aliento agitado.

\*  
\*  
\*

Todos los socios del círculo se nombraban y distiguían por sus apellidos, á excepción de un joven á quien llamaban todos simplemente *Agapito*, ya porque le consideraran el más notable de todos los *Agapitos* ó el *Agapito* por excelencia.

Por una de esas inexplicables predilecciones de la suerte, *Agapito* era el terror de todos los jugadores: tanto le favorecía la fortuna, que en menos de dos meses ganó más de la mitad del dinero jugado en la casa.

Intentaron despedirle, le propusieron subvencionarle para que no jugara, algunos socios arruinados querían matarle á palos y á mordiscos, para desahogar en él la fuerza de la rabia; pero el buen *Agapito* despreció las amenazas y rehusó las subvenciones, porque él no era un ganapán, sino un verdadero artista, un *amateur* apa-





sionado, que quería obtener su dinero *honradamente*, viendo venir un duro cabalgando sobre una sota.

—Cuando Agapito talla, todos los *puntos* son *puntos* y *aparte*.

—¿Por qué?

—Porque se van.

Estas cosas promovieron, al fin, un alboroto, una sublevación, un escándalo; los amigos de Agapito, que algunos tenía, contra sus enemigos, que eran muchos, entablaron cierta noche una formal pelea en que los garrotazos y aun los tiros menudearon con exceso.

Tres ó cuatro socios salieron heridos, y el gobernador, enterado del caso, prohibió terminantemente el juego, bajo la responsabilidad de la junta directiva.

—Yo les aseguro á ustedes,—dijo el gobernador,—que la última jugada será la mía.

Los padres de aquellos jóvenes calaveras se quejaron ante S. M. el Rey, y las cartas quedaron prohibidas en el reino y sus colonias.

\*  
\* \*

Al día siguiente, acudieron los socios al casino y dirigieron una mirada triste y desconsoladora hacia el lugar donde había estado la gran mesa de juego. Aquel día celebraron una reunión para hablar, para entenderse, para discutir. ¡Oh, cuán extraño era aquello! ¡Tratarse como personas los que se habían tratado como máquinas! Aquel día se conocieron unos á otros: aquel día no brillaron las monedas, sino las ideas, la conversación, los sentimientos, los caracteres. Una reunión de *puntos* se transformó, por orden gubernativa, en una reunión de hombres.

A los tres días, era más imperiosa la necesidad del juego.—En el casino no se juega, luego el mundo está vacío.—No hay cartas; no hay vida.—¿Dónde vamos?—¿Qué hacemos?—¡Esto es insoportable...!

Los *tulipanistas* estaban en el salón, en el gran salón foco de todas sus emociones; la espaciosa mesa, sin tapete verde, parecía el lecho vacío de la esposa muerta; los socios, tumbados en los divanes, devoraban en silencio su aburrimiento y su fastidio.

Los balcones estaban abiertos; eran las once de la noche; en el techo de la sala brillaba encendida la gran araña de sesenta luces; no se oía volar una mosca: aquello parecía el club de los *escépticos*, de los *misántropos*, de los *viudos desconsolados*.

\*  
\* \*

En aquellos momentos sonó el canto de una codorniz que un vecino tenía, y los ecos suaves y graves resonaron en el gran salón, rompiendo el silencio que guardaban los socios.

—Buen reclamo tiene: ha dado siete golpes.

—No, hombre, que ha dado seis.

—No señor: ha dado siete.

—Han sido seis.

—Esperemos á que vuelva á cantar.

—Apuesto una onza á que da seis golpes.

—Yo apuesto veinte onzas á que da siete.

—Yo voy con seis onzas de parte de los siete.

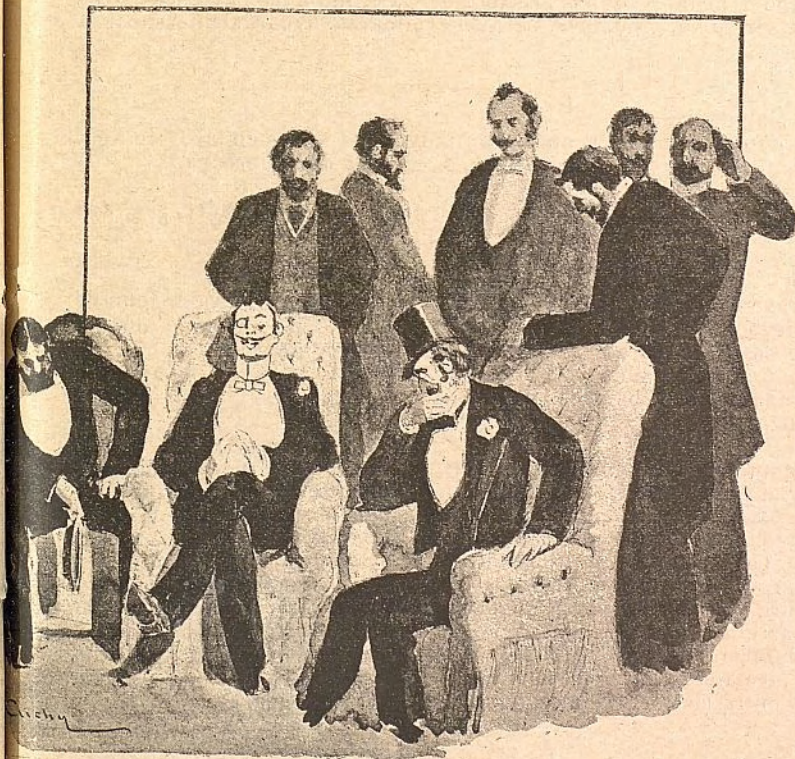
—Yo con mil duros.

—Yo con dos mil duros de parte de los seis.

Se entablaron las apuestas, se sacó el dinero, y presidió el juego el socio más viejo.

—Atención, atención.

Todos los socios guardaron un silencio absoluto; se hubieran podido contar entonces los latidos de aquellos





corazones inquietos; todas las cabezas se inclinaban hacia el balcón, y los jugadores abrían la boca para escuchar mejor.

Más de treinta mil duros estaban pendientes de la garganta de una codorniz.

*El Tulipán* recobraba su lozanía; aquellos hombres, después de una semana de abatimiento, se sentían regenerados por el canto de una codorniz.

El maldito animal no cantaba, pero los socios permanecían inmóviles, quietos, con el pecho anhelante.

Era una reunión de hombres de piedra; tenían en el oído aquella ansiedad misteriosa que brillaba en sus ojos cuando el banquero tallaba. Si alguno, impaciente, intentaba hablar, un murmullo de *sit, sit, sit*, le aplastaba la voz e imponía silencio.

Después de media hora de inquietud mortal, cantó la codorniz con *siete golpes*.

La explosión fué tan universal como el silencio; parecía que *El Tulipán* se bamboleaba sobre su tallo.... ¡Qué exclamaciones! ¡Qué gritos! ¡Qué risas!

Los partidarios de los seis golpes volvieron a pujar, pero al fin de varias jugadas se convencieron de que la codorniz daba siete golpes.

En aquellos momentos entró Agapito.

—Hola, señores: ¿se juega?

Le contaron lo que ocurría, pero con tan mala fe, que le dijeron que la codorniz daba unas veces seis y otras siete golpes.

—Uno dijo:—Pues bien, yo apuesto á que da siete.

Agapito replicó:

—Yo apuesto diez mil duros á que da seis.

Todos apostaron contra Agapito, y éste, impertérrito, iba sacando billetes al portador.

Los socios guardaron silencio de nuevo. Aquello era una jugada segura, un robo, una revancha contra la suerte de Agapito.

La codorniz cantó de nuevo, pero al dar el sexto golpe, un vecino que llegaba á su casa llamó al vigilante, diciendo:

—¡Manueeeeeeeell!

Asustada la codorniz, no dió el séptimo golpe.

Agapito cobró una fortuna; los socios estuvieron á punto de ahogarle; pero se contentaron con disparar los tiros de revólver sobre la codorniz.

\* \* \*

Una vez en este camino de las apuestas, lo aceptaron como compensación á la ausencia de las cartas.

Cierto día, se encontraban los socios asomados en los balcones del *Tulipán*. Por la desierta calle no transitaba un alma y el silencio que allí reinaba sólo se interrumpía con las voces de los *tulipanistas*.

Uno de los socios apostó que el primero que apareciera por la esquina había de ser moreno, otros dijeron que había de ser rubio, y muchos, para determinarse, aguardaban á saber la opinión de Agapito.

—Yo apuesto á que será rojo.

—¿De pelo rojo?

—Eso es,—dijo Agapito:—«de pelo rojo.»

Como los de pelo rojo están en gran minoría, apostaron muy pocos socios en favor de Agapito, y los balcones se atestaron de gente que miraba hacia la esquina de la derecha.

—Y ¿si es calvo?

—Entonces, vale el color del pelo que haya tenido ó el color del pelo de su padre, si el que aparece nunca lo tuvo.

—Y ¿si es albino ó castaño?

—Entonces no hay apuesta.

Los socios miraban con ansiedad indescriptible hacia la esquina, porque el valor total de las apuestas ascendía á más de ochenta mil duros. Entonces apareció por la calle, no un hombre, sino una cosa: una cosa negra, cara negra, manos negras, pelo negro.

Era Pepín, el hijo del carbonero, que había pasado la mañana en la descarga de seras de carbón y salía á almorzar, tomando el sol, bajo los balcones del *Tulipán*.

—¡Es moreno, es de pelo negro!

—¡Ya perdió Agapito!

—Calma, señores,—dijo Agapito:—yo no entrego mi dinero todavía; que suba ese muchacho.

Los criados hicieron subir al carbonero hasta el gran salón; los socios le rodearon mirándole como si fuera el ser más extraño de la tierra; el pobre carbonero no sabía lo que le pasaba y respondía á aquellas miradas investigadoras con otras que expresaban asombro y terror.

Agapito hizo subir un gran cubo de agua, un barreño colosal, jabón, esparto y cepillos.

Todos los socios presenciaron el acto solemne de lavar á Pepín; el muchacho se resistía á que le desnudasen de la cintura para arriba y agitaba con furia los brazos robustos; los criados le arrodillaron junto al barreño, le embadurnaron con jabón, le restregaron con los cepillos, y mientras el muchacho pedía socorro, diciendo que le querían *degollar los señoritos*, todos los socios del *Tulipán*, formando círculo alrededor de aquel grupo, miraban con interés la carne blanca que aparecía entre las escurriduras churrientas del agua sucia.





La cabeza de Pepín, cubierta de jabón, se sumergió en el fondo del barreño y al salir parecía llena de sangre.

—No, no es sangre, dijo un criado. Es que este demonio tiene el pelo rojo.

\* \* \*

Al otro día se reunieron los socios con objeto de vengarse de Agapito.

—Es necesario que le dejemos sin un cuarto.

—Es indispensable que tomemos el desquite.

—¡Venganza!

—¡Venganza!

Todos acordaron guardar el secreto y el más astuto de ellos propuso lo siguiente:—Mañana á las cuatro de la tarde, dos de nosotros, disfrazados de agentes de orden público, se colocan en la calle que hace esquina cerca del círculo é impiden, de orden del gobernador, que nadie venga en dirección á esta calle hasta que den las cuatro y media; entretanto, la esposa del conserje estará convenientemente escondida para presentarse cuando sea oportuno, y vosotros apostáis, con Agapito, que será mujer la primera que aparezca por la esquina.

—¡Bravo!... ¡bravo!...

—Sólo hay que tener en cuenta lo referente á la hora: es decir, que á las cuatro en punto debe entablarse la apuesta.

—Y si Agapito apuesta también á que es mujer?

—Entonces me avisáis por teléfono á mi casa y yo me encargo de todo.

Acordaron hasta los más pequeños detalles; tomaron las precauciones oportunas y se despidieron hasta el día siguiente.

\* \* \*

Las cosas ocurrieron como las habían previsto los socios vengadores; Agapito apostó que sería hombre el que apareciera por la esquina, pero hizo las salvedades siguientes:

—Si es niña se considera como mujer, si es niño como hombre, y si es un grupo de varias personas, domina el sexo del mayor número.

—Convenido, convenido,—dijeron todos asomándose al balcón.

A las cuatro y media apareció la mujer del conserje.

La alegría de los socios era indescriptible. Agapito había perdido. Agapito estaba arruinado, porque la apuesta ascendía á un millón de pesetas.

—¡Ah, nos hemos vengado!—decían los socios en voz baja.

Agapito estaba tranquilo, recostado en la pared y con las manos en los bolsillos del pantalón.

—Venga el dinero.

—Que suba esa mujer.

—La va V. á lavar también?

—Que suba.

—¿La quiere V. reconocer?

—Basta con la certificación del conserje.

—Que suba esa mujer, dijo Agapito tranquilamente.

Cuando apareció la esposa del conserje, Agapito la llamó aparte y estuvo hablando con ella en voz baja.

Los socios bailaban de alegría.

—Es inútil cualquier excusa.

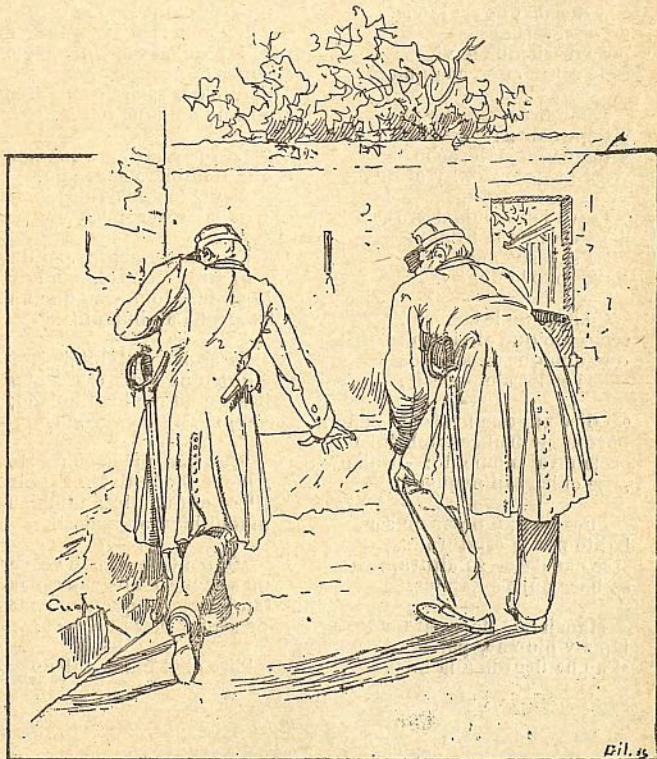
—Si no paga, no sale vivo de aquí.

De pronto se volvió Agapito y dijo con voz solemne:

—Señores, esta mujer está en cinta.

—¿Qué importa eso?

—Sí que importa: el Derecho y la Medicina legal reconocen en la mujer embarazada dos personalidades; por lo tanto, aun no sabemos si he ganado ó he perdido.



Bil. 35





—No señor: mujer en cinta ó sin cinta, el caso es que es mujer.

—Que resuelvan el asunto los tribunales, porque aquí se trata de una fortuna.

—Los tribunales dirán que este es un contrato ilegal, un contrato nulo.

—No pueden decir eso, porque las apuestas en las carreras de caballos tienen fuerza de contrato legal y este es un caso análogo.

Después de una discusión acalorada, pusieron el asunto en manos de la justicia.

Agapito hizo aquel mismo día una donación á favor del hijo que tuviera la esposa del conserje, con objeto de significar más en el asunto la personalidad del póstumo.

Los tribunales acordaron lo siguiente:

1.º Si la esposa del conserje da á luz una niña, pierde la apuesta D. Agapito, etc., etc.

2.º Si da á luz un niño, ó niño y niña, D. Agapito pierde la mitad del dinero apostado.

La mujer dió á luz tres niños.

RAFAEL TORROMÉ.

## Ramon Escaler

Antes de que yo le viera  
no sé si sería así  
pero desde que le ví  
es lo mismo que cualquiera.

Tiene brazos, tiene pies,  
y tiene cabeza y pecho,  
y tiene un ojo derecho  
y otro izquierdo... y al revés.

Lleva la espalda detrás,  
lleva delante la frente  
y así sucesivamente  
lleva todo lo demás.

Cuando no le conocía,  
recuerdo que al oír yo  
que uno que lo señaló:  
—Ese es Escaler—decía,

(lo diré aunque frunza el ceño...  
porque ¡lo frunce también!)  
exclamé al momento:—¿Quién?  
¿Ese chico tan pequeño?

Pues bien; á pesar de ser  
bajito por la estatura...  
si se cae desde su altura,  
se hace añicos Escaler.

Manejando de igual modo  
lapiz y pluma y paleta,  
si no ha llegado á la meta

no le falta medio codo.

Hay quien dice que nació  
con el lápiz en la mano,  
pero hasta ahora es un arcano,  
porque ninguno lo vió.

Lo que se sabe es que igual  
que si hubiera sucedido,  
¡su lápiz ha recorrido  
toda la escala social!

Cuanto encuentra por delante,  
á oscuras, con sol, con luna,  
lo pinta... lo mismo que una  
fotografía ambulante.

Ya no hay notabilidad  
á quien no haya él retratado;  
hasta á mí me ha dibujado;  
conque ¿si será verdad?

¿Que por qué hago asertos tales?  
¿Que la modestia?... Está bien;  
¡Pero es que pinta también  
muchísimos animales!

¿Quién (sobre todo en verano)  
no se acuerda de sus ranas,  
tan hermosas que dan ganas  
de sentar plaza de rano?

Para él el único anhelo

es pintar: pintar la vida...  
Ve un mosquito y enseguida  
ya lo ha dibujado al vuelo.

¿Hay una obra que se estrena?  
Revista al canto Escaler.  
A un tiempo la pueden ver  
en el papel y en la escena;

y antes de poco, señores,  
si no andan las musas listas,  
hará él antes las revistas  
que las obras los autores.

Y que lo hace en poco rato.  
¡Lo que es eso no le importa!  
¡Si casi mientras se corta  
las uñas hace un retrato!

Ni en la tierra ni en los cielos  
puede ya calmar su afán  
y hace, no siendo buñuelos,  
cuantos encargos le dan.

Así es que sin monos de él  
no hay semanario ilustrado:  
ó no hay un papel pintado,  
ó ha pintado en el papel.

Y si alguien lo desmintiera  
que no lo diga en voz alta...  
¡porque ya sólo le falta  
pintarle un chirlo á cualquiera!...

MARCIAL DE LOS RIOS.





Por mucho trigo nunca es mal año.



Más vale algo que nada.



Aquellos polvos traen estos lodos.

## A un ex-amigo

*Veinticuatro horas después  
de estrenar una chistera  
que parecía un ciprés.)*

Ayer te ví, buen Pascual,  
con tu sombrero hechicero.  
¡Pues no ibas poco formal!  
Pero chico ¡qué sombrero  
tan bestial!

Te saludé finamente  
y después de mi saludo  
me miraste frente á frente,  
y permaneciste mudo  
totalmente.

No quiero tratos contigo  
ni que nuestra amistad siga,  
porque eres un mal amigo.  
¡Qué! ¿Te enfada que lo diga?

Pues lo digo.

Dime ¿está bien, so tronera,  
que no saludes á quien  
te ama con el alma entera?  
Pues no está bien, ni siquiera  
medio bien.

Y, aunque á mí tus necedades,  
chico, me importan un cero,  
al romper las amistades,  
voy á cantar las verdades  
del barquero.

Tu sombrero está ya usado  
y está pálido y cetrino.

¿Dices que es recién comprado?  
Pues hijo ¡te han engañado  
como á un chino!

Él es, ó al menos ha sido,  
—si no en su fondo en su forma—  
protestante decidido;  
quiero decir, que ha sufrido  
la reforma.

Vamos, tu sombrero es fiero,  
no hay más que verle la pinta,  
y ¡qué cinta! un metro entero...  
Tu sombrero es un sombrero  
que «está en cinta.»

¿Y tus amigos? ¡Qué tropa!  
¡Buena te pondrán la ropa!  
Ese sombrero, dirán,  
es de copa, sí, de copa...  
de champán.

Todo esto es la verdad pura;  
con que, amiguito, procura  
buscar pronto la manera  
de arrojar á la basura  
tu chistera.

O, si nó, coge el sombrero,  
y vete de una corrida  
á decirle al sombrerero  
que te devuelva en seguida  
tu dinero.

Y, si de hoy en adelante,  
no te enmiendas lo bastante  
—Pascual ¡ténlo muy presente! —  
serás la irrisión constante  
de la gente.

Conque, adios, que ya te dejo;  
sigue, pues, mi fiel consejo:  
¡ponte un hongo! ¡ponte un hongo!  
¡Ya ves, yo, que soy más viejo,  
me lo pongo!

LUIS ROYO VILLANOVA.





Tengo el gusto de participar á Vds. que ya ha terminado la temporada de verano.

¡Gracias á Dios!

La gente vuelve, los círculos se animan, LA SEMANA crece y todo respira alegría. ¡Ay, sí!

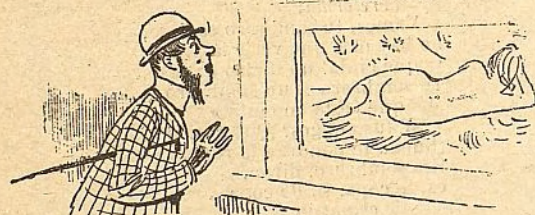
Y nosotros, que revivimos, nos reanimamos y nos regocijamos interiormente, aunque con cierta dignidad, pensamos emprender una buena campaña de invierno.

Y para comenzarla como es debido, publicaremos en el próximo mes de Octubre un EXTRAORDINARIO que... con decir á Vds. que quiero que sea el mejor número de la colección, está dicho todo.

La semana que viene daré á Vds. detalles de él.

Y procuraré convencerles de que deben Vds. agotarme cuatro ó cinco ediciones. O seis.

¡Hermosa verdad de que estoy yo convencido hace tiempo!



¡Cielos! ¡Elvira!

El juez:

—Pero hombre, tú no quieres escarmentar, y te vas á perder. ¿Por qué has escogido un oficio tan malo?

—¡Quiá, no señor! ¡El oficio es bueno! Sino que entre Vds. y la Guardia civil, lo han echado á perder.

Un desperfecto ocurrido en los talleres del grabador, es causa de que esta semana no podamos publicar todos los grabados destinados al presente número y de que, en cambio, nos hayamos visto precisados á echar mano de otros, no dibujados á nosotros.

Nosotros no podíamos prever, etc. etc. etc.

De la amabilidad de Vds. esperamos etc. etc. etc.

Con todo lo demás que en tales casos suele decirse.

El bueno de Blas Espluga,  
renombrado tabernero,  
compró por poco dinero  
una soberbia tortuga.  
Fuése á su taberna, y ¡zás!  
en una cuba la echó;  
conque... ¿si tendrá agua ó no,  
el vino que vende Blas?

#### CHARADAS SUI-GÉNERIS

- 1.<sup>a</sup>: Niega y no duerme.—TOTAL se lee.
- 2.<sup>a</sup>: Limpia y niega.—TOTAL estalla.
- 3.<sup>a</sup>: Se come y se cobra.—TOTAL viste.

#### FRASE HECHA



#### SOLUCIONES

á los acertijos del número anterior.

A LAS CHARADAS.—1.<sup>a</sup>: Armario.—2.<sup>a</sup>: Rosario.—3.<sup>a</sup>: Ventaja.

A LA ADIVINANZA.—La media.

A LA FRASE HECHA.—Ir con Dios.

Imprenta de Pedro Ortega, Palau, 4, Barcelona